

La historia
jamás contada
de **Nube Roja**



EL
CORAZÓN
DE TODO LO
EXISTENTE

Capitán Swing®

TOM BOB
&
CLAMIN DRURY

La historia jamás contada de **Nube Roja**

Tom Clavin & Bob Drury

Traducido por Esther Cruz Santaella

Capitán Swing 

Título original: *The Heart of Everything That Is. The Untold Story of Red Cloud, An American Legend* (2013)

© Del libro: Bob Drury y Tom Clavin

© De la traducción: Esther Cruz Santaella

Edición en ebook: abril de 2016

© De esta edición:

Capitán Swing Libros, S.L.

Rafael Finat 58, 2ª - 28044 Madrid

Tlf: 630 022 531

www.capitanswinglibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-945311-2-5

© Diseño gráfico: Filo Estudio www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico www.caurina.com

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Bob Drury

Estados Unidos

Es corresponsal militar y autor, coautor o editor de nueve libros de no ficción, algunos de ellos destacados bestsellers como *Tifón de Halsey: La verdadera historia de la lucha de un almirante, una tormenta épica, y un rescate inédito* (2007), *Últimos en salir* (2012) o *La batalla final de la Fox* (2009). Ha escrito para numerosas publicaciones, como el *New York Times*, la revista *Vanity Fair*, *Icon* y *GQ*. Ha sido nominado a tres premios National Magazine y un Premio Pulitzer. Actualmente es editor colaborador y corresponsal de *Men's Health*.

Tom Clavin

Nueva York (EE.UU.)

Ha trabajado como editor de diversos periódicos y sitios web, como comentarista de radio y televisión, y como periodista de ocio, deportes y medio ambiente del *New York Times*, y es autor o coautor de dieciséis libros. Ha recibido premios de la *Society of Professional Journalists*, la *Marine Corps Heritage Foundation* y la *National Newspaper Association*, y dos de sus libros fueron nominados para el Premio Pulitzer. Actualmente vive en *Sag Harbor* (Nueva York) y trabaja como corresponsal de investigación en la revista *Manhattan Magazine*.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

Prólogo: Pahá Sapa

PARTE I: LA PRADERA

01. Primer contacto
02. Armas y tierras malas
03. Las colinas Black y más allá
04. «¡Viene Nube Roja!»
05. Contarse golpes
06. «Imprime la leyenda»

PARTE II: LA INVASIÓN

07. El Viejo Gabe
08. El Camino de la Gloria
09. Lechuza Hermosa y Hoja de Pino
10. Una temporada teñida de sangre
11. Un desconocido solitario
12. El invento de Samuel Colt
13. Un descanso breve
14. El levantamiento de los dakotas

PARTE III: LA RESISTENCIA

15. Corazones Fuertes
16. Un ejército desastroso
17. Sangre en el hielo
18. La gran fuga
19. La condenada Estación Bridge
20. La caza de Nube Roja
21. Quemad los cuerpos, comeos a los caballos

PARTE IV: LA GUERRA

22. La guerra es la paz
23. Panzas Grandes y Camisas

24. El Circo del Coronel Carrington
25. Aquí hay monstruos
26. El fuerte perfecto
27. «Matar con clemencia a los heridos»
28. Privaciones
29. Un fino escudo protector
30. Fuego en el estómago
31. Los errantes de las Altas Llanuras

PARTE V: LA MASACRE

32. Fetterman
33. Ensayo general
34. Soldados en ambas manos
35. El augurio del medio hombre
36. Flechas rotas
37. «Como cerdos que llevan al mercado»
38. Miedo y duelo

Epílogo

Agradecimientos

Apéndice

Bibliografía

Prólogo

Pahá Sápa

Los soldados estadounidenses, muchos de ellos veteranos de la guerra de Secesión, habían sobrevivido a las privaciones más brutales: en el Nido de Avispas de Shiloh, en el Río de la Muerte de Stonewall Jackson a las orillas del Chickahominy, en el sangriento Camino Hundido de Antietam. Habían aguantado con firmeza para cubrir la retirada en la batalla de Bull Run y resistieron con Kit Carson en Valverde Ford. Pero al comenzar el invierno de 1866 iban a enfrentarse a un nuevo tipo de adversidad, mientras se abrían paso por el escarpado territorio del río Powder, oyendo solo el chirrido de los arcos congelados y el soplo del viento del norte cuando atravesaba las ramas atrofiadas del chaparral que obstruía los corredores del río.

Era el 2 de noviembre, y los sesenta y tres oficiales y reclutas de la Compañía C del Segundo de Caballería del Ejército de EE. UU. habían tardado más de un mes en atravesar los mil cien kilómetros que separaban las planicies al este de Nebraska y la cabeza de la ruta Bozeman, en el centro-sur de Wyoming. Habían seguido el gran meandro del North Platte a través de llanuras azotadas por tempestades, escalado a praderas a kilómetros de altitud donde los pulmones apenas les respondían y sufrían dolores de cabeza, y vadeado más de dos docenas de ríos y arroyos cubiertos de hielo. A esas alturas, cuando viraron al oeste desde el río South Powder, desaparecieron en los otros ondulados que se torcían y doblaban hacia el horizonte, al norte. Los jinetes estaban aún a un día de viaje de su destino, el aislado fuerte Phil Kearny, un reducto de apenas siete hectáreas en la bifurcación de los arroyos Little Piney y Big Piney, a escasa distancia de la frontera con Montana. Con los abrigos de saco de lana negra bien ajustados y los quepis y *hardees* grasientos embutidos hasta la frente, la partida podría haberse confundido, a cierta distancia y con luz crepuscular, con una columna de búfalos agostados abriéndose paso por el escarpado Territorio de Dakota.¹ A lo

largo de la ruta, se habían cruzado con numerosos enterramientos que guardaban los restos de hombres y mujeres blancos asesinados por los indios.

Los soldados, refuerzos llegados del Este, no estaban acostumbrados a la ferocidad de las ventiscas de niebla blanca que se canalizaban desde las Llanuras Canadienses. Pese a que los cortantes vientos del norte habían dejado desnudas y teñidas de marrón las cimas de las estribaciones y muelas circundantes, los caballos y las mulas de carga de la Compañía C avanzaban por lechos de arroyos y coladas cubiertos de lomos de nieve, que a veces alcanzaban la altura de las cruces de los animales. Aquella noche, vivaquearon en una angosta quebrada, donde un bosquecillo de serbales pelados hacía de cortavientos. Por encima de ellos, se alzaba la cara este de las montañas Bighorn, una fortaleza de granito con más de tres mil seiscientos metros de altura que pocos blancos habían visto hasta entonces. Los sargentos de sección manearon los caballos, dispusieron piquetes e hicieron correr la voz de que se podían encender lumbres para cocinar. Los hombres se apiñaron en torno a las llamas y tomaron metódicamente una cena a base de alubias, café, galletas saladas duras como piedras y tocino salado sobrante de la guerra de Secesión. La Compañía C estaba nominalmente bajo el mando del teniente Horatio Stowe Bingham, un quebequés delgado de nariz aguileña que había luchado en el Regimiento de Voluntarios n.º 1 de Minnesota desde la batalla de Bull Run hasta Antietam, donde lo habían herido.^{2 3} Sin embargo, todos los reclutas admitían que el oficial más veterano que los acompañaba, el capitán William Judd Fetterman, de ojos oscuros, era el hombre que los guiaría en su misión primordial: encontrar y capturar o matar al gran jefe guerrero sioux oglala Nube Roja.

Durante más de un año, Nube Roja había dirigido un ejército de más de tres mil guerreros sioux, cheyenes del norte y arapahoes en una campaña por un territorio que abarcaba dos veces el tamaño de Texas. Se trataba de la primera vez que Estados Unidos se había encontrado ante un enemigo que usaba el mismo tipo de tácticas de guerrilla que un siglo antes había ayudado a su país a garantizar su existencia, aunque dicha ironía pasaba bastante desapercibida en los barracones militares polvorientos del Oeste y en las salas de juntas del Este, donde barones del ferrocarril, magnates de la minería y políticos ambiciosos conspiraban para crear un imperio. Los combatientes de Nube Roja habían tendido emboscadas y quemado caravanas de carretas, habían

asesinado y mutilado a civiles, y habían superado en inteligencia y fuerza a las tropas del Gobierno en una serie de asaltos sangrientos que sacudieron al alto mando del Ejército de EE. UU. El hecho mismo de que un «líder» bárbaro hubiese reunido y coordinado una fuerza multitribal tan amplia suponía una sorpresa para los estadounidenses, cuyos prejuicios raciales eran representativos de la época. Pero que Nube Roja hubiese logrado mostrar la suficiente determinación para mantener la autoridad sobre sus guerreros combativos y notablemente faltos de disciplina provocaba un impacto aún mayor.

Como era costumbre desde la aniquilación de las confederaciones y naciones indígenas al este del Mississippi, el hombre blanco recurría a la fuerza cuando no conseguía hacerse con las tierras nativas mediante el fraude y el soborno. Así, ante los primeros signos de hostilidad en las Llanuras del Norte, las autoridades de Washington habían dado permiso al Ejército para aplastar a los hostiles. Y, si eso no funcionaba, habría que comprarlos. Un año antes, en el verano de 1865, tras el fracaso de una expedición punitiva contra Nube Roja y sus aliados, los negociadores del Gobierno habían añadido una oferta más a toda una sucesión de tratados; en esa ocasión, cedían el vasto territorio del río Powder como tierra india inviolable. De nuevo, los blancos llevaron regalos como mantas, azúcar, tabaco y café mientras leían en alto promesas de independencia. A cambio de todo ello, solo pedían (otra vez) poder pasar sin trabas por la ruta para carretas que veteaba la pradera de color parduzco. Muchos jefes y subjefes indios habían «tocado la pluma» en una ceremonia celebrada en los mismos pastizales del sur de Wyoming donde, catorce años antes, Estados Unidos había firmado su primer pacto formal con los sioux del oeste. Aquel día, al igual que en 1851, Nube Roja se negó a hacerlo. Alegó ante los fuegos del consejo que permitir la entrada de «esa serpiente peligrosa en nuestro entorno [...] y abandonar nuestras tumbas sagradas para que las aren y planten maíz»⁴ conduciría a la destrucción de su pueblo.

«El Hombre Blanco miente y roba —advirtió el jefe guerrero oglala a sus compañeros indios, y no se equivocaba—. Mis tipis eran muchos, pero ahora son escasos. El Hombre Blanco lo quiere todo. El Hombre Blanco tiene que luchar, y el Indio morirá donde murieron sus padres».⁵

Para noviembre de 1866, Nube Roja, con cuarenta y cinco años, se encontraba en la cima de su considerable poder, y las partidas de guerra que reclutaba estaban movidas a partes iguales por la desesperación, la venganza y una autoconfianza exagerada en su dominio militar

de las Altas Llanuras. El estilo de vida nómada que habían llevado durante décadas se estaba viendo alterado inexorablemente por la invasión blanca y sentían que su única salvación era resistir con firmeza «aquí y ahora»; de otro modo, estarían condenados al exterminio. Las advertencias de Nube Roja demostrarían ser clarividentes: la última mitad de la década de 1860 supuso un punto de inflexión psicológico en las relaciones entre blancos e indios en la sección central del país. El primer colonialismo europeo había provocado no solo la destrucción de los pueblos nativos, sino también una veneración paternalista —influenciada en parte por James Fenimore Cooper— hacia las culturas de los «Nobles Salvajes [...] con un destino decretado por un gobierno federal sin corazón, cuya política deliberada era matar a tantos como fuera posible en guerras innecesarias»⁶.

Sin embargo, el romanticismo de Cooper había quedado para entonces en un mero recuerdo borroso que unos Estados Unidos recién fortalecidos empezaban a sustituir en la posguerra por la concepción del «destino manifiesto».⁷ Las viejas actitudes se estaban reconfigurando con una claridad cruel, sobre todo entre los habitantes del Oeste. Incluso blancos que habían considerado en otros tiempos a los indios como el equivalente a unos niños caprichosos —naifs como los campesinos ingleses de Thomas Gainsborough, a quienes había que «civilizar» a base de biblias y arados— empezaban a verlos ya como a una raza infrahumana que la ola del progreso debía exterminar o recluir en reservas. En el verano de 1866, Estados Unidos había roto el débil tratado del año anterior y había construido tres fuertes a lo largo de los ochocientos sesenta kilómetros de la ruta Bozeman, que atravesaba la rica cuenca del río Powder: una zona delineada por el río Platte al sur, las Big Horns al oeste y el salvaje río Yellowstone al norte y, en el este, las sagradas colinas Black, que los sioux llamaban Pahá Sápa o «El Corazón de Todo lo Existente».

Por otro lado, los políticos de Washington se vieron azuzados por una motivación mucho más inmediata para lo que los periódicos pronto llamarían la «Guerra de Nube Roja». Cuatro años antes, en 1862, se había descubierto oro en grandes cantidades en los cañones montañosos y escarpados del oeste de Montana, un oro necesario entonces para financiar la Reconstrucción⁸ y saldar el interés desbordado de la deuda nacional. Casi media década de guerra civil había dejado a la Unión al borde de la bancarrota, y el Gobierno dependía de los miles de buscadores de oro en placeres y bateas que ya habían emprendido su ca-

mino a los núcleos prósperos de cabañas de la Fourteen-Mile City, una quebrada de veintidós kilómetros situada en Montana, recorriendo una ruta sinuosa que bordeaba el flanco oeste del territorio de las Bighorn y los sioux. No obstante, el camino más directo a los campos de oro atravesaba de pleno la tierra de Nube Roja, tierra cedida a su pueblo en virtud de un tratado.

Pequeñas caravanas de mineros y emigrantes habían empezado ya a recorrer su camino por estas tierras, pioneros de piel curtida a quienes no interesaban ni los tratados estadounidenses ni las tradiciones indias. Viéndose ante ataques persistentes, no disimulaban su desprecio hacia las leyes que les bloqueaban el paso. La mano dorada de Frank Elliott habló por muchos de ellos cuando escribió a su padre en el Este: «Van a hacer morder el polvo a más de un pobre hombre blanco, pues no perdonan ni a mujeres ni a niños. Hay que hacer algo de inmediato. Le confieso que nos estamos volviendo hostiles. Hay que darles un escarmiento a los indios, y vamos a hacer lo posible para que sea el mejor de los escarmientos».⁹ A los oficiales federales les temblaban las manos ante esas actitudes y afirmaban que les faltaba la fuerza militar suficiente para controlar a los intrusos blancos. De cualquier forma, pocos políticos deseaban hacer de verdad tal cosa. Como resultado, la línea fronteriza que existía sobre el papel de los tratados había quedado por completo borrada sobre el terreno.

Esta enorme presión generó tensiones desde las tabernas hasta los parlamentos y obligó al general del Ejército Ulysses S. Grant a enviar tropas para reabrir la ruta Bozeman. El camino para caravanas —cuyos surcos siguen siendo visibles en algunos puntos— lo habían abierto en 1863 los aventureros John Bozeman y John Jacobs, y seguía la trayectoria de antiguas rutas de búfalos e indios. Se desviaba al norte en el noroeste desde la longeva ruta de Oregón y atravesaba directamente el corazón de los sagrados terrenos indios de caza, rebosantes de urogallos grandes, urogallos comunes y codornices, lobos y osos pardos, y grandes manadas de uapitíes, venados y berrendos. La tierra era copiosa para las tribus. Pero, por encima de todo, se trataba de uno de los últimos reductos de la gran manada norteña del búfalo sagrado, que migraba en millones por ese territorio. Era por el búfalo —el animal en sí y lo que representaba para la cultura india— por lo que luchaba Nube Roja. Y ningún estadista ni soldado estadounidense había contado con la astucia y el sílex del elusivo jefe sioux a la hora de defender la cultura de su pueblo. Transcurridos solo unos meses, durante el verano y el

otoño de 1866, Nube Roja había demostrado estar al mismo nivel que los grandes estrategas de guerrillas de la historia.

Literalmente desde que los primeros emigrantes europeos pusieran pie en las fatídicas orillas del Nuevo Mundo,¹⁰ blancos e indios habían estado enzarzados en un combate sangriento, unilateral y casi constante. Cuatro siglos de estas guerras de conquista se habían combinado con la hambruna y la enfermedad para provocar la reubicación, cuando no la extinción, de probablemente la mitad de la población precolombina de América del Norte. Huidos o acorralados en tierra hostil estaban los pequot y los cheroquis, los iroqueses y los choctaws, los delaware y los seminole, y los hurones y los shawnees. Salvo pocas excepciones, a los recién llegados les resultó relativamente fácil provocar dicha situación, tanto que, a mediados del siglo XIX, se había desarrollado una leve complacencia hacia la lucha contra los indios. Esa arrogancia se vio exacerbada por la época posterior a la Guerra de Secesión. Tal y como afirma el historiador Christopher Morton: «Imaginemos que a unos soldados que acababan de derrotar a Stonewall Jackson, a J. E. B. Stuart y al gran Robert E. Lee los envían al Oeste. Se les explica que van a ver aquí y allá a unos cuantos indios. Desaliñados. Piojosos. Arcos y flechas contra rifles. Por supuesto, no tienen ni idea de dónde se están metiendo».¹¹

Así, desde el estallido de la Guerra de Nube Roja, los comandantes de campaña del Ejército de EE. UU. no supieron reconocer que este era un conflicto indio de otra índole. Pese a su crueldad histórica, las tribus siempre habían carecido de planificación a largo plazo, y su habitual rechazo a aprovechar una ventaja militar las había llevado finalmente a la derrota y a la subyugación. Sin embargo, en palabras de la historiadora Grace Raymond Hebard, en esta ocasión se trataba de una campaña militar liderada por «un jefe estratégico que estaba aprendiendo a analizar las victorias, un arte hasta el momento desconocido para los pieles rojas».¹² No resultaba extraño que Nube Roja confundiese a sus perseguidores planeando y ejecutando ataques simultáneos a caravanas civiles y columnas militares de avituallamiento separadas por cientos de kilómetros. Ni tampoco tenía Nube Roja miedo a enfrentarse a soldados estadounidenses —ni a sus atronadores obuses de montaña, «el arma que dispara dos veces»— situándose a tiro de piedra de sus estacadas aisladas.

Los guerreros sioux se acercaban arrastrándose boca abajo entre orzagas y salvia blanca a pocos metros de los centinelas apostados en torres de vigía, antes de dispararles y hacerles caer de sus puestos; soldados destinados a cazar, recoger agua y cortar leña se veían asediados casi a diario por lluvias de flechas disparadas desde riberas escarpadas y cañadas ocultas; los correos a caballo simplemente desaparecían en el vacío de la pradera ondulada con una frecuencia alarmante.¹³ Era como un juego mortal, y así, poco a poco, el grueso del Segundo Batallón del Regimiento de Infantería n.º 18 de EE. UU., emplazado en el fuerte Phil Kearny con pocos hombres y muchas armas, quedó mermado. La caballería de la Compañía C cabalgaba en su rescate.

El batallón de infantería —ocho compañías de unos cien hombres cada una, repartidas en tres fuertes a lo largo de la ruta Bozeman— estaba bajo el mando del coronel Henry Beebee Carrington, de cuarenta y dos años, un ciudadano del medio oeste con vínculos políticos que, tras cuatro sangrientos años de guerra civil, nunca había disparado un arma con ira. El porte encorvado y el pelo cano delataban los vestigios de una juventud enfermiza; sus ojos legañosos de cuencas hundidas parecían estar llorando constantemente; Nube Roja y los indios de las Llanuras habían terminado refiriéndose a él de forma irrisoria como el «Pequeño Jefe Blanco». Carrington había elegido el fuerte Phil Kearny en Wyoming como su cuartel general, situado más o menos a medio camino entre la estación de Reno, noventa y seis kilómetros al sur, y el Fuerte C. F. Smith, ciento cuarenta y cinco kilómetros más al noroeste, al otro lado de la frontera de Montana. El coronel había iniciado la construcción del puesto en julio de 1866 y, durante los seis primeros meses de existencia del recinto, registró más de cincuenta «muestras de hostilidad», con el resultado de ciento cincuenta y cuatro soldados, exploradores, colonos y mineros muertos, y ochocientas cabezas de ganado incautadas. La impotencia de Carrington frente a este acoso insidioso a la par que mortal —«Apenas hay un día o una noche en que no intenten robar reses o sorprender a los piquetes»¹⁴ era el tono normal usado en sus despachos suplicantes— supuso solicitudes constantes de más soldados, mejores monturas y rifles modernos de retrocarga para sustituir las armas de avancarga, engorrosas y anticuadas, de su tropa. Por diversos motivos, esas peticiones solían caer en saco roto.

Aun así, y sorprendentemente, ni en sus informes oficiales ni en sus diarios personales, Carrington dejó mucha constancia de los devastadores estragos psicológicos que la guerra contra los indios estaba causando.

do en sus tropas. La sorprendente capacidad de los nativos para ejercer la crueldad no se parecía a nada que hubieran vivido nunca los blancos. Los indios de las Llanuras habían pulido su ética bélica durante siglos, y su lógica marcial no era solo bastante sencilla, sino aceptada por todas las tribus sin cuestionamiento: no se pide clemencia, no se da clemencia; a todo enemigo, la muerte, y cuanto más lenta y atroz, mejor. Un cuervo, pawnee, cheyene, shoshone o sioux derrotado que no muriese de inmediato en la batalla sufriría tormentos inimaginables mientras pudiese soportar el dolor. Mujeres de todas las edades eran torturadas hasta morir, no sin antes ser violadas, salvo que fueran lo bastante jóvenes como para violarlas y luego conservarlas como esclavas cautivas o rehenes que intercambiar por dijes, whisky o armas. Los bebés que lloraban suponían una carga para el camino, así que los mataban sumariamente con lanzas o clavos, o golpeándoles el blando cráneo contra rocas o árboles para no desperdiciar flechas. En ocasiones, a fin de reponer el acervo genético (sobre todo, después de que las tribus se percatasen del valor de los rehenes blancos), salvaban a preadolescentes de ambos sexos de la ejecución, si bien no de un trato inmisericorde. No era más que la forma de vida y de muerte de los indios: *vae victis*, calamidad para el vencido. Y todos esperaban recibir un trato similar en caso de caer. Sin embargo, se trataba de algo incomprensiblemente inhumano para los soldados angloeuropeos y los colonos, para quienes los recuerdos del Coliseo romano, las barbaridades de las Cruzadas y las mazmorras de la Inquisición habían desaparecido hacía mucho.

Incluso los veteranos más curtidos de Carrington, cuyo acero se había forjado en la carnicería de la Guerra de Secesión, se ponían literalmente enfermos ante lo que los periódicos de Nueva York o San Francisco denominaban eufemísticamente «atrocidades» indias y, en el caso de las mujeres, «depredaciones». A los blancos capturados les cortaban las cabelleras, les arrancaban la piel y los asaban vivos en las hogueras de sus campamentos, y los dejaban gritando en agonía mientras los indios aullaban y danzaban en torno a ellos, como Aquiles con los ojos inyectados en sangre celebrando la caída de Héctor. A los hombres les cortaban los penes a machetazos y se los metían hasta la garganta, y a las mujeres las azotaban con fustas de piel de ciervo mientras las violaban en grupo. Después, les rebanaban los pechos, las vaginas e incluso los vientres embarazados y los disponían sobre la hierba del búfalo. Las patrullas de Carrington solían salir al rescate, pero casi siempre llegaban demasiado tarde y encontraban a víctimas a las que les habían sacado

los ojos y habían dejado tiradas en rocas, o los cadáveres quemados de hombres y mujeres atados entre sí por las entrañas humeantes que les habían arrancado estando aún conscientes. Los indios, habituados a este comportamiento torturador, luchaban por supuesto entre ellos hasta el último aliento. A los blancos, al principio, les asombró su persistencia, y muchos de los soldados del Regimiento de Infantería n.º 18 habían pactado extraoficialmente desde hacía tiempo no dejarse capturar nunca con vida.

Al capitán Fetterman, el héroe implacable de la Guerra de Secesión que se adaptaba a todo, se le encargó poner fin a esa distopía hobbesiana. El Estado Mayor General del Ejército consideraba a Fetterman miembro de una nueva estirpe de soldados destinados a luchar contra los indios y, como tal, el capitán llevó al fuerte Phil Kearny la orden de instalarse como segundo al mando de Carrington, su antiguo comandante de regimiento. Las instrucciones finales que recibió antes de salir de Omaha fueron sucintas: «La guerra contra los indios en el territorio del río Powder puede terminarse de una vez por todas y con éxito si nos enfrascamos en una batalla abierta contra los indígenas durante el invierno». ¹⁵ Tales órdenes ponían de relieve la postura manifiesta del Ministerio de Defensa de que las campañas previas contra Nube Roja, si es que se las podía denominar así, habían llegado a un punto muerto a causa de una mezcla de incompetencia y aversión a combatir con frío por parte de los comandantes de campaña estadounidenses. A decir verdad, incluso los recién llegados a la frontera como Carrington aprendían rápido que emprender persecuciones con caballos, infantería, caravanas y vituallas que se atascaban continuamente en la nieve profunda resultaba inútil. Pero los generales del Este, que habían dirigido la mayoría de sus avances durante la Guerra de Secesión en el Sur, no conocían el clima de las Llanuras, y Washington esperaba que el Ejército drenara ese pantano occidental empapado en sangre.

En el verano de 1866, el nuevo comandante de la División militar de Missouri, el general William Tecumseh Sherman, llevó a cabo dos largas visitas de inspección por sus amplias defensas occidentales. En el camino, se convenció aún más de que el fracaso de sus tropas a la hora de atrapar o matar a Nube Roja se derivaba de la reticencia a responder al salvajismo con salvajismo. Sherman, arrugado por sus cuarenta y seis años, ya era un experto en la miseria humana y no albergaba ilusión alguna de que la paz entre blancos y pieles rojas fuera un objetivo alcanzable. Con su usual manera brusca de ver las cosas, consideraba que